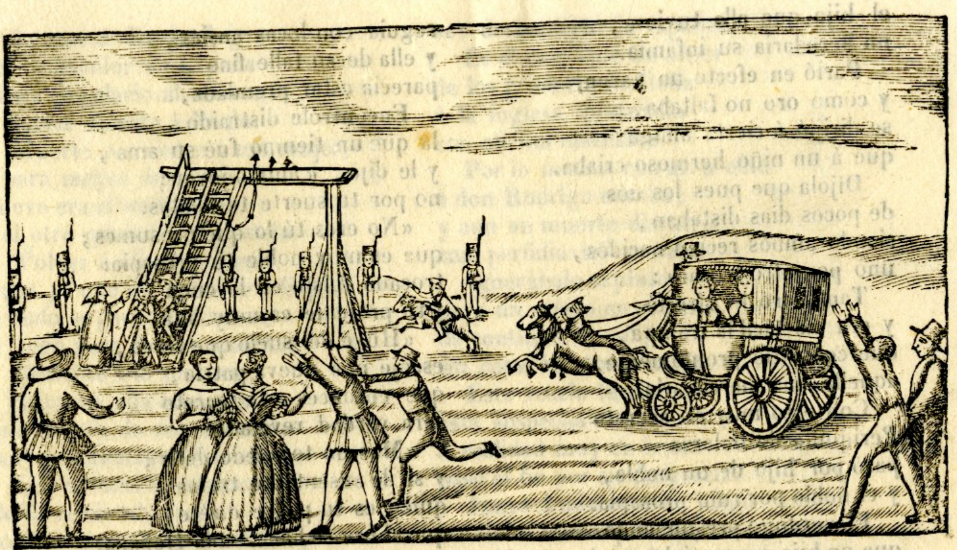
78

Rom. I



ROMANCE NUEVO,

de don Rodrigo del Pomar, trocado en la cuna con el hijo del verdugo de Cartajena, y de los varios acontecimientos que resultaron del mencionado trueque.

Tiempo es ya, lector ilustre,
de desterrar de la patria,
preocupaciones odiosas,
que tanto á los hombres dañan.
Tiempo es ya que el hombre brille
si son nobles sus hazañas,
y que despreciado sea
si se emplea en obras malas.
Tiempo es ya que sepan todos
que no hay afrenta heredada,
y que personal tan solo
es la virtud y la infamia.
Esto va á hacernos patente
en estas sencillas planas
de Rodrigo del Pomar
la relacion cierta y clara.
En Cartajena nació
ciudad ilustre de España,
este esclarecido jóven
de preciosas circunstancias.
Mas quiso su mala estrella
que en la cuna le trocaran,
por el hijo del verdugo,
y su lugar ocupara.
El motivo fué el siguiente,
pues la astuta Felisarda,
que del verdugo era esposa,
al mirarse embarazada,
Concibió el plan atrevido
que, si el cielo la ayudaba,

Sr. Pau Vila

el hijo que ella tuviese,
no heredaria su infamia.
Parió en efecto un varon,
y como oro no faltaba,
se dirijió á cierta amiga
que á un niño hermoso criaba.
Díjola que pues los dos
de pocos dias distaban,
siendo ambos recien nacidos,
uno por otro trocara:
Tanto oro le ofreció,
y era tan fácil la trampa,
que consintió prontamente,
aquella ama mercenaria.
Con esto muy en secreto
Periquillo de Balarza
pasò por hijo de un noble,
y el noble por ruin prosapia.
El verdugo presumiendo
que un hijo suyo criaba,
el destino maldecia
que á aquel niñito esperaba:
Y viéndole tan gracioso,
procuró que le enseñaran
cuanto ofrecen los estudios,
cuanto en las letras se halla.
Creció el niño, y por sus prendas,
despejo, soltura y gracia,
era querido del pueblo,
y aun le amaban las muchachas.
Pero su espíritu noble
y sus ideas bizarras,
de su padre con la afrenta
de ningun modo cuadraban.
A elevados pensamientos
se remontaba su alma;
y eran heróicos sus sueños,
y sus empresas bizarras.
Cuando pasear veia
las mas opulentas damas,
con la vista su hermosura
lleno de amor devoraba.
Maldiciendo su destino,
y su fortuna contraria,
era infeliz en sus dichas,
y orgulloso en su desgracia.
Cierto dia que á una hermosa
seguia con locas ansias,
y ella de su talle fino
parecia estar prendada,
Encontróle distraido
la que un tiempo fué su ama,
y le dijo, «ánimo jòven;
no por tu suerte te abatas.
«No eres tú lo que presumes;
que es muy noble tu prosapia:
trocado fuiste en la cuna,
y tu projenie es muy alta.
«Huye del suelo que vives,
escoje una nueva patria,
que entonces este secreto
será verdad revelada.
«Mas no te puedo decir;
y si de ausentarte tratas,
quien es tu padre diréte,
que ahora se halla en la Habana.
«Vete sin demora á Roma:
busca allí á Paula Ripalta,
que en la casa está sirviendo
del embajador de España.
«Allí te prometo en breve
darte noticias exactas,
de tu jenerosa estirpe,
pues la tal Paula es mi hermana.»
Al oir tales razones,
quiere el jóven abrazarla;
pero mas leve que viento
aquella mujer se escapa.
Tal como el rayo violento
que en una encina se lanza,
y en hoguera se trasforma,
y en un momento la abrasa;
Tal el animoso jóven
siente en su pecho la llama
del volcan mas encendido,
y al cielo socorro clama.
A su casa se retira,
la noche sin sueño pasa,
y de Roma en el camino,
le encuentra saliendo el alba.
El viaje fué muy breve,
y pronto á la corte Santa,
del Pontífice Cristiano
le condujeron sus ansias.
Apenas á Roma llega,
del embajador de España
busca el palacio al momento,
y hablar solicita á Paula.
Muerta encuentra á esa mujer,
y para mayor desgracia
nuevo era el embajador,
y el otro estaba en su patria.
Volver á ella no quiere;
pues ¿á qué irá el pobre á España
si todo es para él afrenta;
si todo para él son manchas?
Dedícase á la pintura,
y tanto en ella adelanta,
que á peso de oro sus obras
muy prontamente despacha.
Los artistas mas famosos
de la celebrada Italia
con grande envidia le miran,
solo á la fuerza le acatan.
A la sazon una inglesa,
de las artes partidaria,
con su esposo se halla en Roma,
y oye del pintor la fama.
Sus obras á ver acude,
las contempla, y se entusiasma,
y por maestro le escoje,
y le dá aposento en casa.
Del trato nació el cariño,
y asi una pasion estraña
de entrambos se apoderó
con rapidez estremada.
Cuanto mas correspondido
el español se miraba
de la entusiasmada inglesa,
mas su tristeza aumentaba.
Ella creia que amor
era de sus penas causa;
y habiendo quedado viuda,
con el pintor se declara.
Mano y caudales le ofrece
con franqueza estraordinaria,
y marcharse á Londres luego,
donde sus deudos la aguardan.
Bien quisiera don Rodrigo
aceptar fortuna tanta;
mas ignorando su orijen,
ser descubierto le espanta.
Es el caso que un señor
de los primeros de Italia
á la inglesa pretendia
con aficion insensata.
Por lo mismo con gran odio
á don Rodrigo miraba;
y aun su muerte discurria
con perfidia vil y baja.
Ignorábalo el pintor;
pero un recelo en el alma
de contínuo le aflijia,
sin cesar le atormentaba.
Este recelo terrible,
esta sospecha tirana,
á realidad muy en breve
pasó al fin por su desgracia.
Junto á una casa de juego
un dia el triste pasaba;
cuando salen de él furiosos
unos hombres con espadas.
En seguimiento corrian
de otros que huian sin armas,
y don Rodrigo se pone
en su amparo sin tardanza.
En su defensa valiente
juega el español las armas,
y al mas furioso de todos
la espada hasta el puño clava.
«Muerto soy» al punto dice
en pura habla castellana,
y ser español tambien
en aquel trance declara.
Al oirle don Rodrigo
hácia el pobre se adelanta,
y al punto le reconoce
por ser de su misma patria.
Igualmente le conoce
el herido, y con gran rabia,
«tú habias de ser, le dijo,
quien la vida me quitara!
«Pero ya que mi desdicha
no me deja otra venganza;
quiero publicar tu afrenta
que sin duda ocultar trates.
«Sepan todos los presentes
que ese hombre que aquí se halla

Col. Compte

es el hijo de un verdugo,
que hace su oficio en España.
Verdugo de Cartagena
es hoy Jacinto Balarza,
y ese es su hijo, Periquillo,
que se escapó de su patria.
Dijo, y murió: don Rodrigo
de su suerte blasfemaba;
pues delante de la jente
su secreto se aclaraba.
Acude à esto la justicia
al escuchar broma tanta,
y á don Rodrigo y los otros
en la carcel me los plantan.
Sábelo la dama inglesa,
y aquel gran señor de Italia;
siendo para él alegria,
lo que en ella nueva infausta.
Ambos intrigan á un tiempo;
para salvarle la dama,
y el caballero por verle
en la horca sin tardanza.
Con toda celeridad
se instruye de esto la causa,
y al fin sentencia de muerte
los rijidos jueces fallan.
Pónese al preso en capilla,
la justicia se prepara,
y para ver la sentencia
toda Roma está en la plaza.
Ya de la cárcel el pobre
la triste escalera baja,
y al cadalso se encamina,
andando por calles varias.
Ya está en vista del suplicio,
cuyo aspecto le desmaya;
y subirle á viva fuerza
es ya cosa necesaria.
Ya el credo á empezar va el pobre,
ya el dogal á su garganta
pone, llorando el verdugo,
que hasta un verdugo se ablanda.
Ya en fin el pueblo va á ver
la sentencia consumada,
bañando en llanto los ojos
por la piedad que le causa;
Cuando una voz á lo lejos
se oye que el perdon proclama,
y todos dicen: *detente*,
que le ha perdonado el Papa.
En esto á galope vienen
unos caballos con alas,
pues mas parecen que vuelan,
segun es veloz su marcha.
Perdon dice un edecan;
y al oirle esta palabra,
en el aire los pañuelos
el gozo comun declaran.
En una carroza luego
dos mujeres se adelantan:
la una es la inglesa, la otra
es de don Rodrigo el ama.
La inglesa habia acudido
al embajador de España,
y este á la corte escribiò
con presteza estraordinaria.
Publicóse en Cartajena
de órden de nuestro Monarca
lo que sucedia en Roma,
y se prendiò á Felisarda.
Esta lo confesó todo:
dijo donde estaba el ama,
y esta fué embarcada al punto
para las costas de Italia.
Al mismo tiempo los presos
declararon en la causa
la inocencia del Pintor,
cuyo crímen fué una hazaña.
Desde el cordel de la horca
van de la inglesa á la casa,
luego de Roma se ausentan,
y escriben pronto á la Habana.
Grande alegría tuvieron
los padres que en ella estaban;
pues el que creian hijo,
era el que el pintor mataia.
A Inglaterra los dos llegan;
llegados alli se casan;
y en muy venturosa union
vivieron edad muy larga.
Y aquí la historia termina,
cuya conocida fama
durará seguramente
tanto como dure España. FIN.

Barcelona: Imprenta de Ignacio Estivill, calle de la Boria.